

## La primera estancia de Sergio Pitó en Xalapa

Mario Muñoz

Para continuar ofreciendo al lector, en el 60 aniversario de la Editorial de la UV y de *La Palabra y el Hombre*, el perfil de otro escritor que mantuvo el seguimiento del proyecto editorial, esbozo una breve crónica sobre Sergio Pitó a la manera de un testigo que tuvo el privilegio de conocerlo cuando llegó por primera vez a Xalapa.

Me remonto a 1965, año en que empecé a trabajar como corrector de pruebas en la Editorial a invitación expresa de quien entonces era su director, el maestro César Rodríguez Chicharro, quien también dirigía *La Palabra y el Hombre*. Poco después me encomendó escribir una reseña

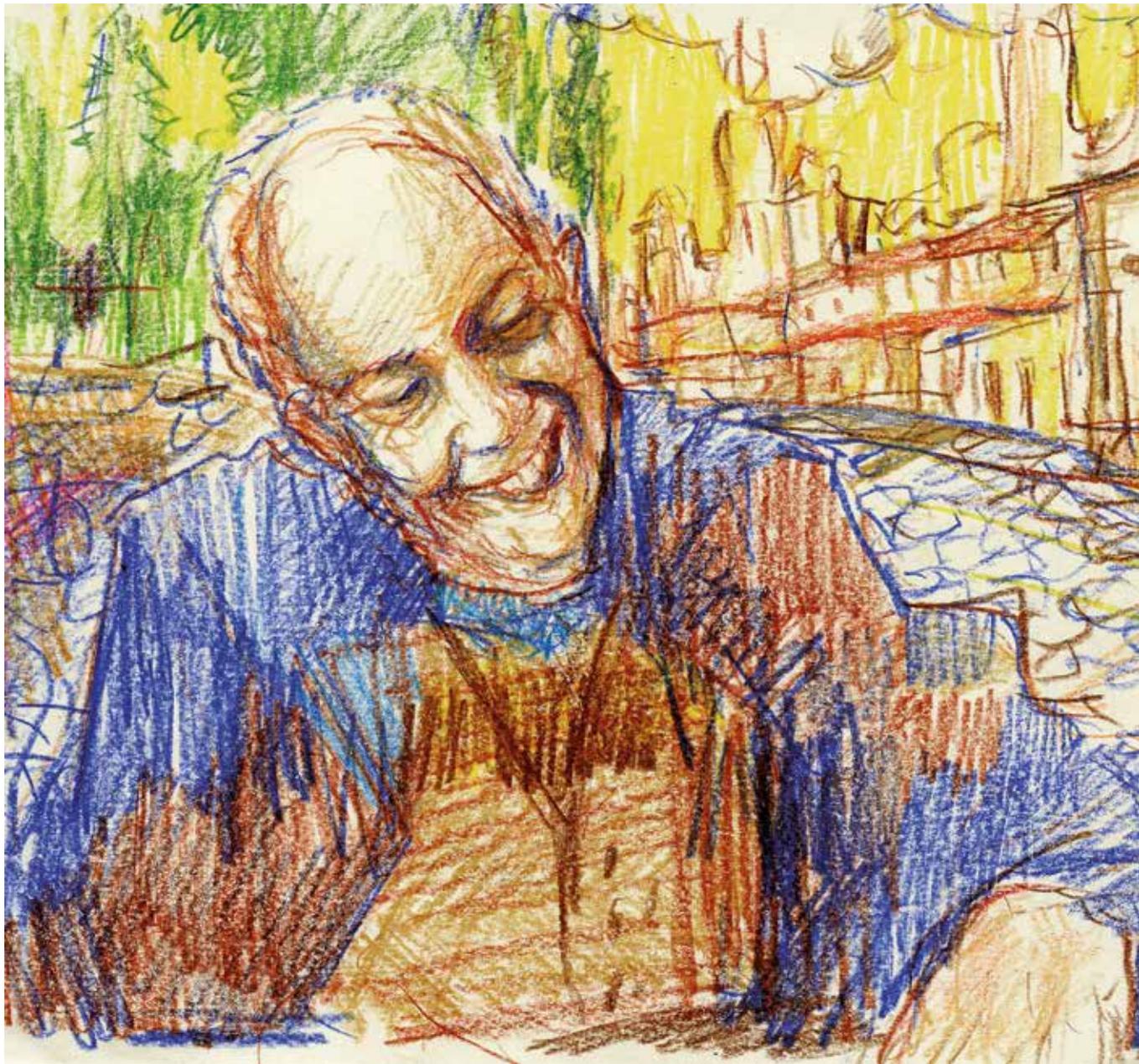
sobre las *Cartas a la señora Z*, de Kazimierz Brandys, libro publicado en la colección Ficción en 1966, traducido por Sergio Pitó y con una portada de Leticia Tarragó. Recuerdo que una mañana de principios de 1967 llegó un señor joven muy elegante a conversar con el maestro Chicharro. Al concluir su entrevista me fue a saludar para decirme que acababa de leer el original de mi reseña y que le había gustado. Se presentó como Sergio Pitó. Gracias a esta aprobación, el maestro Chicharro, que era muy exigente en todo lo que se publicaba en la revista, aceptó incluir en la sección Entre libros ese mi primer texto profesional. Así fue mi contacto inicial con Sergio.

Por aquellos años la Editorial estaba en los altos del Pasaje Revolución, edificio que pertenecía al padre de Cuca González, quien además de trabajar ahí mismo como correctora, cobraba la renta. Era patrona y empleada. Al fondo del pasillo había una oficina de seguros donde trabajaba una muchacha muy linda, de nombre Susana, que pasaba las mañanas escuchando en la radio las canciones de los intérpretes y grupos de moda: Leda Moreno, Maité Gaos, Angélica María, los Hooligans, los Bopers, los Loud Jets, los Crazy Boys... Hasta la Editorial llegaban esas cadencias que sacudían un poco la monótona jornada de los seis empleados que integrábamos todo el personal —ahora somos más de cincuenta—. Ensimismados en nuestros escritorios dejábamos pasar el tiempo de las nueve a las 14 horas. Al concluir las labores, salíamos para ingresar al tedio agobiante de la tarde interminable. “Entradas y salidas. A eso se reduce la vida [...] Todo lo que sale, debe entrar”, dice Vlad, el personaje de la *nouvelle* homónima de Carlos Fuentes.

Xalapa no era la Estridentópolis idealizada por los poetas estridentistas, sino una ciudad

aburrida, de aspecto enfermizo, de calles y aceras llenas de agujeros como después de un bombardeo, de escasa actividad cultural y nula vida nocturna. Los conciertos semanales de la Sinfónica, las funciones sabatinas del Cine Club y de vez en cuando una obra de teatro era toda la oferta de que se disponía. Una moral de hierro regía cualquier otra iniciativa; por lo mismo las propuestas, de haberlas, tenían muy reducido margen de operación. A tono con el ambiente asfixiante que prevalecía, la Universidad atravesaba por un mal momento. A los brillantes rectorados del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán y del doctor Fernando Salmerón, que dieron impulso a las artes y a las humanidades mediante el respaldo a los proyectos de un destacado grupo de intelectuales, escritores y artistas, sucedió la anodina administración del licenciado Fernando García Barna, designado rector por el siniestro gobernador Fernando López Arias, que reprimió las protestas de los estudiantes en el 68 y ordenó la toma de la Facultad de Filosofía y Letras por el ejército con la idea de clausurarla. Hubo entonces un constante retroceso bajo el control de los cuerpos policíacos del estado, arguyendo la infiltración comunista. De opresivo, el ambiente empezó a tornarse asfixiante, con las consecuencias que todos sabemos.

Así pintaba el entorno cuando llegó Sergio. Venía precedido de la mencionada traducción de Brandys y del volumen de relatos *Infierno de todos*; ambos títulos habían sido incluidos en la renombrada colección Ficción, creada por Sergio Galindo para dar cabida a los jóvenes autores nacionales y de otras lenguas en traducciones cuidadosas. Llegaba a estas tierras después de una permanencia prolongada en el extranjero, especialmente en China y Polonia. Antes de su viaje había publicado en la



Sergio Pitol por Mario Alberto Hernández

capital el breve volumen *Tiempo cercado*, con siete cuentos, de los cuales nunca volvió a incluir dos en sus posteriores recopilaciones: “La palabra en el viento” y “Un tiempo para la noche”. Su nombre de autor, por consiguiente, lo conocía sólo un selecto número de amigos, pues según palabras suyas, era un escritor tardío. De modo que la Editorial le permitiría poner en práctica los planes que traía en mente a su

regreso a México. Y así fue.

Optimista contumaz, durante el año de su primera estancia, promovió a los escritores de su generación, modificó la portada adusta de la revista, abrió a los jóvenes las puertas de la impenetrable fortaleza del suplemento *La Cultura en México* para publicar en esas páginas, rescató títulos olvidados como *Los cuentos de Lilus Kikus*, de Elena Poniatowska, y *Tierra de*

*nadie*, de Juan Carlos Onetti. Se integró al profesorado de la Facultad de Letras Españolas y estrechó lazos con un grupo de amigos que editábamos una revista estudiantil, *Academus*, apoyándonos con entusiasmo en la programación de actividades literarias y culturales.

Gracias a su mediación tuvimos la oportunidad de invitar a un ciclo de conferencias a Juan García Ponce, Carlos Monsiváis, Juan Vi-



cente Melo, María Luisa Mendoza, Emmanuel Carballo; también se consiguió una exposición de la obra de Vicente Rojo. Ya encaminados por Sergio, invitamos por nuestra cuenta a José Agustín, Juan Tovar y a don Ermilo Abreu Gómez, además de organizar semanas culturales. Una fue dedicada a la España en el exilio y otra a la Revolución cubana, para irritación de las autoridades. La reacción no se

hizo esperar. El periodista Rubén Pabello Acosta sacó una nota en el *Diario de Xalapa* tachándonos de antimexicanos y frívolos, y algunos maestros de la Facultad no veían con buenos ojos nuestra programación literaria con los escritores de la “mafia”, según denominó Luis Guillermo Piazza a los autores de la Generación de Medio Siglo, cuyo centro de irradiación era el suplemento *La Cultura en México*. A esto se sumó el hostigamiento creciente que empezó a resentir Sergio por parte de dos conocidos profesores ya finados. Pero a pesar de la intolerancia del medio continuamos junto a él con el ánimo más dispuesto, remando siempre contra la corriente.

La memoria es falible y este espacio demasiado breve para acumular detalles que ameritan una investigación cuidadosa que no puedo permitirme ahora. Lo cierto es que son contados los periodos significativos que influyeron en mi formación inicial en Xalapa. Y una de esas etapas decisivas fue la amistad con Sergio.

En torno a su figura, a sus pláticas estimulantes llenas de referencias culturales, a los libros que leía y recomendaba, a sus observaciones sobre las artes plásticas, la constelación de amigos que nos reuníamos en su departamento frente al Hospital Civil, en el café La Parroquia o en el restaurante de Maño –los escasos lugares de esparcimiento de entonces– empezamos a vislumbrar que la vida, como dice Kundera, estaba en otra parte. Sus experiencias en Italia, China, Polonia y otros países europeos eran un poderoso incentivo para viajar y para trascender los límites del agobiante nacionalismo, la estrecha moral y la creciente represión que fomentaban el gobierno y sus satélites. Ninguno de los profesores nos motivó tanto como él.

Lorenzo Arduengo, a la sazón director del Cine Club de la UV;

Raúl Hernández Viveros, mecenas parcial de nuestra revista; Jaime Turrent, escritor en ciernes, y yo seguíamos los entusiasmos del maestro. Bajo sus recomendaciones leímos con fervor a Julio Cortázar, conocimos a García Márquez, admiramos el cine de la *nouvelle vague*, y descubrimos a los escritores polacos gracias a sus traducciones que iban apareciendo en esa década: Brandys, Schulz, Andrzejewski, Różewicz, Gombrowicz. De este último saqué la lección, seguida hasta hoy, de que la inmadurez es el estado permanente de la humanidad y que todos sin excepción estamos dominados por la Forma, sea impuesta o asumida por conveniencia. Nadie está libre de ella. Estamos regidos –dice Gombrowicz– por la impostura y los falsos valores. En adelante, esta observación me fue de mucha utilidad para evitar la frustración al caer en cuenta de que muy pocas cosas son verdaderas y casi todo una farsa descomunal.

Los especialistas en la obra de Sergio han reiterado la presencia de Bajtin en el *Tríptico del carnaval*, pero no han reparado lo suficiente en que el espíritu de Gombrowicz permea esas páginas donde se pasean libremente el sarcasmo sangriento, la burla delirante, el disparate descomunal y la ridiculez extrema. De *Ferdydurke* a *Cosmos* son estos los mecanismos de desarticulación que elige el formidable escritor polaco para sobajar y vulnerar hasta la irrisión la seguridad y la altivez de la gente solemne y creída, y para desacreditar los valores impuestos como tabla de salvación. Ni más ni menos era el desquite gozoso de Sergio cuando regresaba por las tardes a casa al concluir la jornada en el ambiente relamido del servicio diplomático que desempeñaba en Praga, y se dedicaba a crear el mundo caricaturesco de sus tres novelas de carnaval.

**En torno a su figura, a sus pláticas estimulantes llenas de referencias culturales, a los libros que leía y recomendaba, a sus observaciones sobre las artes plásticas, la constelación de amigos que nos reuníamos en su departamento frente al Hospital Civil, en el café La Parroquia o en el restaurante de Maño –los escasos lugares de esparcimiento de entonces– empezamos a vislumbrar que la vida, como dice Kundera, estaba en otra parte.**

Las experiencias transmitidas por Sergio nos ponían en sintonía con todo lo que estaba sucediendo fuera de México, tan refractario a los cambios. Los Rolling Stones conmocionaban con la letra de sus canciones y las audaces portadas de sus LP; las películas de Fellini provocaban reacciones furibundas en los medios eclesiásticos y de izquierda; los primeros días de junio del 67 vieron la aparición de *Cien años de soledad*, que constituyó un acontecimiento editorial sin precedentes; la moda femenina escandalizaba a los timoratos por las faldas cortas y los escotes generosos; la Revolución cubana sacudía a la opinión mundial impresionada por el giro político que estaban tomando los acontecimientos; las protestas antibélicas en contra de la guerra de Vietnam movilizaban a miles en las capitales europeas..., en fin, una canción de Jane Birkin, “Je t’aime, moi non plus”, fue calificada de obscena y prohibida en la radio. Un espíritu de libertad y cambio flotaba en el mundo hasta que todo concluyó en 1969 con el famoso concierto de Woodstock, que cerró una década de promesas y rejuvenecimiento.

En tanto, Sergio había concluido sus estudios de abogacía

en la UNAM con una tesis sobre Shakespeare, y su actividad literaria no cesaba. Por esas fechas dio a conocer el libro de relatos *No hay tal lugar*, las traducciones del polaco, la autobiografía y la memorable antología *El cuento polaco contemporáneo*. Todo esto lo combinaba con la labor editorial hasta que su contrato terminó en febrero de 1968. Durante su corta estancia xalapeña editó cuatro números de *La Palabra y el Hombre*, del 41 al 44, y continuó incrementando la colección Ficción. Semanas después, Lorenzo, Raúl y yo lo acompañamos a Tampico para que abordara un barco mercante que lo llevaría a las costas de Yugoslavia. Desde la borda del buque carguero, feliz de volver a viajar, nos hizo un saludo de despedida que entonces creíamos sería el último.

Ocho meses después, Díaz Ordaz instrumentó la matanza de Tlatelolco y el gobernador López Arias secundó la represión en Xalapa. Entonces los amigos decidimos abandonar el país a la primera oportunidad que se presentase. Lorenzo tramitó una beca para estudiar en la prestigiada escuela de cine de Łódź, de donde habían egresado Roman Polanski y Juan Manuel Torres; Jaime pasó una

temporada en Londres; Raúl consiguió una estancia como escritor en Polonia, y yo ingresé a un posgrado para estudiar literatura en la Universidad de Varsovia. Un ciclo concluía y otro comenzaba. Desde la capital polaca seguía los desplazamientos de Sergio a donde lo enviaran a cumplir las misiones del servicio diplomático. A distancia continuamos nuestro contacto por correo de modo intermitente. Cada libro que publicaba me lo hacía llegar con su dedicatoria. Así que mi constante errancia fue en cierta medida seguir el ejemplo del que fuera nuestro maestro, aunque consciente de que nunca podría acercarme ni remotamente a su inmenso conocimiento de la literatura y el arte.

Cuando el año pasado varios amigos nos reuníamos en casa de Sergio los sábados por la tarde para escuchar ópera, ver películas o intercambiar opiniones sobre distintos tópicos, me venían a la mente aquellas veladas de Steiner, el intelectual de *La dolce vita*, en las que los asistentes escuchaban música, leían poesía, discurrían sobre la condición humana o ponían atención a los sonidos de la naturaleza que Steiner gustaba de grabar. Un remanso en medio de la agobiante realidad. Y el flujo de los recuerdos me trae ahora las reuniones de Sergio con nuestro grupo de los años sesenta, cuando nos disponíamos a emprender otras rutas que para algunos han concluido. Lorenzo falleció hace seis años, Jaime dejó de publicar hace mucho, Raúl edita la revista *Cultura de Veracruz*, y yo, como siempre, sigo aquí, sin saber a dónde voy. **LPyH**

• **Mario Muñoz** es decano de la Facultad de Letras Españolas de la UV, en donde también es maestro de tiempo completo. Está encargado de la dirección de la revista *La Palabra y el Hombre*, guardándole el lugar a un director que desconoce.